

SOBRE EL

Para saber quién es y cómo es este importante ¿joven? de 35 años, hay que hacer dos lecturas. Una primera para escucharlo a él, que responde siempre en un lenguaje inteligente e impecable; y otra para descubrirlo en lo que no dice, en lo que se lee silenciosamente entre líneas y en frases que lo retratan: “Creo en la intransigencia en torno a los principios pero en la comprensión respecto de las personas.”

TEXTO y FOTOS de MALU SIERRA

A lo más, cuando una pregunta le incomoda, tose como si algo se le hubiera atascado ¿en la garganta? Pero está su palabra empeñada —el sí a la entrevista— algunos acuerdos previos, el respeto por el otro que él proclama y seguramente esa disciplina y esa conciencia del deber que gobiernan su vida.

Está acostumbrado a hablar de principios y conceptos pero no de sí mismo. “A mí me choca que la gente abra su intimidad o su privacidad a cualquier desconocido. Porque a través de los medios de comunicación uno se vincula a personas completamente desconocidas. Estoy llano a plantear puntos de vista sobre las materias más variadas” especificó. Pero aún disfrazado de filosofía, de “puntos de vista sobre las materias más variadas”, Jaime Guzmán se dejó penetrar.

Le encanta conversar y todo el mundo sabe que es un buen comunicador. Pero no es sólo eso. Aflojada la tensión —eso



JAIME GUZMAN

AMOR Y LA VIDA



sí que sin perder el alerta—, tiene una dosis de calidez que va más allá de la buena educación y que no es un mero envoltorio de la timidez.

La buena educación —excelente educación— es evidente. Esta entrevista debe de haber puesto a prueba su paciencia más de una vez. Claro que también están sus reservas de cristianismo para aceptar lo que de todos modos es una invasión a su intimidad.

Habló de su afición a los deportes, no sólo para verlos, como se lo destaca a menudo en la televisión, sino para practicarlos. Tenis y fútbol. “Ahora soy árbitro, que es un muy buen ejercicio y bastante más entretenido que salir a trotar, que está tan de moda”.

Habló también de sus gustos frívolos, como el Festival de la Canción, al que va —dice— porque le entretiene y no para observar a la masa, como comentan por ahí. Este año quedó fascinado con la Carrá y con lo que —¡Jaime Guzmán, al fin!— analizó, intelectualizó, desmenuzó: “El Festival está muy lejos de ser una frivolidad. Es una expresión musical de carácter juvenil y popular y descubre fenómenos muy interesantes. Este año se dio el surgimiento progresivo de nuevas expresiones musicales en la juventud, que va palpando la realidad de una manera distinta a la que puede palparla una generación anterior”.

Pero aunque por unos días se convierta en otro personaje más de la fiesta viñamarina, Jaime Guzmán es varias otras cosas.

En el frente interno es un dueño de casa cuidadoso —una mano de pintura todos los años, cuadros de los antepasados y de los otros, gran retablo dorado del siglo XVI—; tiene una Violeta que lo atiende y le guarda el sueño y le lleva los diarios a la cama —todos los diarios— para que los lea antes de levantarse.

Su vida pública es muy pública pero no demasiado conocida. Aparte de sus clases en la Universidad Católica, desarrolla una

asesoría jurídico-política al Gobierno. Pero su verdadera tarea, sin escritorio, sin cargo, sin sueldo, es la que él mismo define como "influir en las mentes de la gente".

Y hay una tercera dimensión de Jaime Guzmán que para él es fundamental divulgar: su vida espiritual de cristiano que se identifica con la doctrina de la Iglesia Católica, dice, "la cual sigo en su integridad". Vida de oración y de sacramentos que le dan el sentido a su existencia. Un cristianismo exigente que él quiere asumir hasta las últimas consecuencias.

—Creo que una de las líneas más importantes del cristianismo está dada por esa frase de Cristo que dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y sígame". Yo pienso que todos tenemos una cruz propia, que tiene una anchura, un espesor, un tamaño distinto para cada cual y que está diseñada por Dios desde toda eternidad. Creo que es una ilusión irrealizable el pretender alcanzar la felicidad en este mundo, y mucho más la perfección que no lleva a la felicidad eterna, sin pasar por el dolor de la cruz.

—¿Cuál es su cruz de cada día?

—Yo creo que Dios va haciendo sufrir a cada persona para purificarla y todos tenemos dolores todos los días. Lo que ocurre es que cuando uno entra en el secreto del amor a la cruz no es que no sufra con esos dolores pero absorbe ese sufrimiento con alegría posterior y con plenitud como resultado. El premio de Cristo es lo que El dice: "Mi yugo es suave y mi carga ligera". Eso significa que mi cruz no podría tomarla solo pero sí cuando sigo a Cristo.

—¿Cómo llegó usted a ser como es?
¿Cuáles fueron las influencias más importantes?

—Fundamentalmente está la educación que me dio mi madre y, con posterioridad, el haberme encontrado con maestros y personas que me guiaron. Pero mi mamá me influyó a mucha distancia de cualquier otra persona.

—¿Y qué fue lo más importante que ella le dio?

—El sentido del deber. Que había que hacer las cosas por una exigencia que era de índole moral; que uno se debía a una causa o a una tarea determinada. Que la escala de valores era lo esencial y que en ella el lugar más importante debía ser ocupado por la dimensión religiosa. Enseñada, que el servicio a la patria jugaba un papel fundamental y que el desarrollo de las propias aptitudes y vocaciones al servi-

cio de la sociedad es el mejor aporte que uno puede hacerle a los demás.

—¿No cree que eso lo hizo un niño, y luego un hombre, demasiado serio, demasiado rígido, incluso triste?

—En ningún caso a mí. Yo admito que para otras personas una educación muy reforzada en el cumplimiento del deber pudiera generar algunos problemas de rebeldía o de tristeza. Hay que subrayar que ese tipo de educación puede darse con buen o mal criterio y naturalmente yo estoy hablando de una educación que fortifique el cumplimiento del deber, aplicada con buen criterio. Yo personalmente tengo un temperamento muy alegre y siempre he sido una persona muy alegre y nunca sentí obstáculos para esa alegría en el cumplimiento del deber. Yo creo que uno queda mucho más feliz después de un deber cumplido, que le haya exigido sacrificios, que no evitándose cumplir con el deber para evitarse sacrificios. Ese es el secreto de la felicidad; el más oculto pero también el más duradero.

—En alguna entrevista usted confesó una vez: "No lo he pasado muy bien", refiriéndose a la tensión que le produce tener algún asunto pendiente. ¿No será el resultado de esa educación?

—Yo creo que el pasarlo mejor o peor es fruto de la circunstancia y en cierto mo-

do toca una línea más superficial de la vida de una persona. A la postre uno no es más feliz o menos feliz porque lo haya pasado mejor o peor sino porque tenga una mayor convicción con la vida que está llevando y con los ideales que está sirviendo. En la medida que la persona sienta que está cumpliendo con su deber va sintiendo también una riqueza interior y una felicidad creciente. Una persona hueca por dentro puede pasarlo muy bien pero a la larga no es muy feliz.

—¿Cómo han sido sus pasadas por las penas? Porque para crecer todos hemos pasado penas ¿verdad?

—Sí, pero curiosamente en mí han dejado muy poca huella. Yo tengo que hacer un esfuerzo para recordar las penas que he pasado en mi vida y siento que, de alguna forma, están ya superadas. No las arrastro. Y por eso no tengo reproches que formularle a nadie en relación con mi persona.

—¿Las habrá tapado o las habrá reciclado?

—Más bien creo que las he remontado a través de una constante reflexión y de un carácter muy poco propenso al rencor o a guardar sentimientos negativos por mucho tiempo.

—De su madre dice usted que le quedó, fundamentalmente, una similar concep-



ción de la vida ¿Y de su padre, qué le quedó?

—Insisto que estas cosas son muy indefinibles... Pero yo diría que me quedó una sensación de bondad y de su carácter y su sentido del humor.

—Dicen que era un hombre muy alegre, muy encantador, muy sociable.

—Efectivamente. Yo creo que es muy importante que uno tenga una actividad variada. En ese sentido mis padres me aficionaron al deporte. Y a la música y a todo lo que fuera expresión artística en general. Desde niños íbamos a los conciertos, a exposiciones.

—Siendo usted tan apegado a su madre ¿Por qué la dejó tan temprano? Ya a los 24 años estaba viviendo solo, en circunstancias que es el único hijo hombre.

—Yo creo que tanto a ella como a mí nos gusta la independencia. Somos dos personas muy independientes, característica que por lo demás es común a mis dos hermanas y era común a mi padre, que ya murió. Siempre fuimos una familia de personas muy independientes.

—Se le sabe friolento, siempre de abrigo y bufanda aun cuando no sea pleno invierno ¿Ese frío se le pasa para adentro?

Ni media sonrisa, ni tampoco un gesto de desagrado, deja traslucir lo que está

pensando y sintiendo. Con la misma educada amabilidad de siempre tose otra vez y responde:

—Yo soy muy sensible a las temperaturas climáticas. Me molesta mucho el calor y también el frío. Debo tener un termostato muy chico. Pero por dentro es todo lo contrario. Yo pienso que una persona que es sensible y que le confiere importancia a la vida interior, no puede ser fría.

—¿Es siempre tan controlado como parece? ¿Cómo descarga su agresividad o nunca la descarga?

—Yo creo que todos tenemos defectos de mal carácter en mayor o menor grado y que uno debe ir luchando contra ellos, pero yo estoy muy lejos de haberlo superado por completo. Muchas veces me enoja y luego me arrepiento porque son reacciones epidérmicas. Pero distinto es descontrolarse y perder la serenidad en términos que vayan más allá de una reacción instantánea. Eso no me ocurre porque creo que no le debe ocurrir a nadie adulto que tenga una actitud serena ante la vida y que reflexione sobre sus actos.

—Pero el hecho es que ocurre.

—Suele ocurrir por falta de objetividad. A mí me sorprende la falta de objetividad que tiene la gente para analizar los problemas en que se ve envuelta. Frente a un determinado problema cada cual sólo ve el ángulo propio sin ver los otros ángulos que pueden tener tanta validez como el de uno. Uno debería hacerse preguntas tan simples como: '¿No tendrá una parte de razón la otra persona, en un conflicto conmigo? ¿Por qué habrá reaccionado en esa forma?' Yo creo que hay una educación de la voluntad y que ya pasados los veinte años nada autoriza a que una persona se des controle ni hiera a nadie. Distinto es un enojo epidérmico, que tampoco justifico y que no he conseguido vencer completamente, pero que tiene una naturaleza distinta al descontrol y a la violencia que hiera.

—¿Se considera un poco neurótico?

—No.

—¿Nervioso? ¿Hipertenso?

—Nervioso sí. De temperamento nervioso. Yo creo que esto va muy acompañado de la sensibilidad.

—¿Y el insomnio?

—Yo creo que es producto de un mal temperamento nervioso. Se produce por la dificultad para desconectarse de los problemas.

—¿Nunca ha ido a un psiquiatra?

—Noooooo. Yo pertenezco a la generación que cree que los psiquiatras son para la gente que tiene algunos desequilibrios

marcados. El día que vaya a un psiquiatra estaré admitiendo que tengo una seria perturbación mental, que espero que no me afecte nunca.

—Usted dice que sueña mucho ¿Cuáles son sus sueños?

—Sueño con las cosas que pasaron en el día o con asuntos relacionados con ellas. Sigo viendo a la misma gente que he visto en esos días y las mismas cosas que he hecho en esos días y por eso es que me cuesta mucho tener un sueño profundo.

—¿Diría usted que es feliz? ¿Qué está contento con la vida que está haciendo?

—Contestaría categóricamente que estoy contento y feliz si eso se entendiera en el sentido de plenitud interior. No podría dar la misma respuesta si se entendiera en un sentido de estar satisfecho con uno mismo porque yo pienso que uno nunca puede estar satisfecho con lo que es sino que debe tener la objetividad de darse cuenta que es mucho lo que le queda por avanzar en el camino de la perfección.

—¿No se le hace difícil la soledad?

—Al contrario. Trato de buscar momentos de soledad para recogerme interiormente y para mirar como de una atalaya todo el acontecer diario y el tráfago de cosas en que la vida actual está envuelta. Es cierto que la soledad debe ser muy triste cuando consiste en la falta de vínculos afectivos con seres humanos o la dramática soledad de la vejez no acompañada. Pero es muy enriquecedora cuando constituye un paréntesis en la actividad diaria.

—¿A los 35 años ya descartó el camino del matrimonio?

—Yo nunca descarto ningún camino.

—¿Si no se ha casado ha sido por desconfianza en el matrimonio, miedo, desconfianza en la mujer?

—Por ninguna de esas cosas. Pero ahí ya entraríamos en el terreno que yo considero que pertenece a la privacidad o a la intimidad y que no me parece propio de una entrevista pública.

—¿Cree usted que la mujer debe ser igual al hombre?

—Yo creo que son profundamente distintos y por eso me choca mucho la tendencia a igualar los sexos porque por algo Dios los creó distintos y creo que en la diversidad de los dos está la mayor riqueza de cada uno y la mayor armonía en su complementación.

—¿Y usted es partidario que, hoy por hoy, la mujer participe activamente en la tarea social o piensa que su tarea está sólo en el hogar?

—Yo pienso que su tarea primordial es-

"CREO QUE UNA DE LAS LINEAS MAS IMPORTANTES DEL CRISTIANISMO ESTA DADA POR ESTA FRASE DE CRISTO: SI ALGUNO QUIERE VENIR EN POS DE MI, NIEGUESE A SI MISMO, TOME SU CRUZ DE CADA DIA Y SIGAME."

tá en el hogar y que ella juega cerca de los hijos un papel más esencial que el que juega el padre. Por algo la disposición jurídica que establece que en caso de separación los niños son todos de la madre, por lo menos hasta los catorce años. El ideal es que el niño reciba tanto el influjo paterno como el materno porque son dos vertientes que se complementan y se enriquecen. Pero en general el que más gravita en el niño es la madre.

—¿Bastará eso para realizar a una mujer?

—Yo creo que hay diferentes vocaciones. Hay mujeres para quienes esa dimensión familiar constituye una plenitud que las satisface por entero. Y hay otras que buscan proyectarse hacia tareas de orden público-social. Pienso que es indispensable que las que sientan ese llamado se desarrollen en los campos que las realicen como personas.

—¿Y que no tengan hijos?

—Teniendo hijos. Los hijos son la primera razón de ser de un matrimonio y son la riqueza de la familia. Lo que sí es que por ningún motivo una mujer puede descuidar su obligación de madre por actividades ajenas al hogar. Puede complementar esa función y debe hacerlo si su vocación se lo pide. Yo lo veo en mis hermanas, una de ellas que es relativamente conocida por la opinión pública porque es periodista, la Rosario, que es muy activa y que sin embargo nunca ha descuidado a sus hijos. Pienso que lo que una mujer a veces deba restar a sus hijos en cantidad de tiempo lo puede reemplazar en intensidad.

—¿Esta mujer, que según usted debe realizarse como ser social, tiene el mismo derecho que el hombre a la plenitud sexual?

—El sexo por definición implica complemento, de manera que no concibiría la plenitud en el sexo si no es recíproca.

—¿Qué importancia le da usted al sexo en la vida?

—El sexo es una dimensión fundamental del ser humano, que debe ser educada desde niño y proyectada después con la mayor riqueza afectiva. Que debe llegar a ser una manifestación física de un afecto espiritual. Del amor. El problema que hay hoy día es que a veces el sexo se transforma en un instrumento de mero placer y en ese caso naturalmente que se destruye su nobleza.

—Usted habla del amor ¿Qué es el amor?

“Mirándolo desde el punto de vista cristiano hay otro fundamento mucho más fuerte para la pena de muerte, y es que al hombre que se le priva de la vida se le ha hecho pasar a otra vida.”

—Yo creo que hay que distinguir tres planos distintos en el amor. Uno, que yo llamaría el enamoramiento, que consiste básicamente en una atracción física y sexual. Otra dimensión del amor es el afecto o cariño que se da entre las personas. Y una tercera versión del amor es la virtud cristiana, que se llama caridad como virtud teologal. Esta última consiste en el amor a Dios y en el amor al prójimo por amor de Dios, lo cual supone buscar el bien de la otra persona. Y es por esto que yo tengo el deber de amar a mi enemigo. Naturalmente que no tengo el deber de tenerle afecto a mi enemigo, pero sí el de buscar su bien moral. El amor como virtud teologal supone, a veces, negarle a una persona lo que esa persona quiere si en realidad no le conviene. Es lo que hace el padre con el hijo cuando no le da en el gusto porque sabe que dándoselo lo dañaría. No es un signo de falta de amor sino un signo de amor.

Los otros dos planos son distintos. Quizás tienen algo de legítimo egoísmo porque la persona ama en el fondo porque se realiza amando y recibiendo en reciprocidad también el amor. Pero no debe separarse el enamoramiento o amor físico del amor afectivo porque sólo de ese afecto le viene al sexo su nobleza, su proyección, su sentido. Ni tampoco debe separarse del amor teologal. Cada uno debe buscar el bien moral del otro y eso implica, muchas veces, renunciamiento, una de las cosas que hoy se olvida. Esa conciencia de que a veces no se puede satisfacer el instinto porque hay una norma moral que tendría que violar, lo que implicaría desentenderse del bien moral propio o del otro.

—Parece tan exigente todo eso. ¿El Dios en que usted cree y al cual venera es un Dios de amor o un Dios de justicia y de reglas?

—Yo creo que la justicia y el amor son indisolubles. Y especialmente en Dios porque ahí tenemos la certeza de que la justicia no está sujeta a error y que el amor tampoco está sujeto a desviaciones. Cuando una persona se condena eterna-

mente no es por falta de un amor que Dios le haya dispensado sino por un rechazo de ella al amor que Dios le dispensó. Por eso, más que hablar de Dios condenando a determinadas personas por una eternidad, habría que hablar de personas que se autocondenan.

—Una cosa es que la justicia y el amor de Dios o la propia persona se condene y otra es condenarla nosotros. Usted se ha manifestado a favor de la pena de muerte ¿Con qué derecho podemos los hombres llegar a juzgar a otro al extremo de quitarle la vida, que es lo más que podemos quitarle?

—Yo admito que el tema es difícil y duro pero hay que partir de la base que cuando la autoridad juzga, lo está haciendo con una potestad que le viene de Dios. Ningún ser humano le podría —en cuanto ser humano— imponer a otro una norma. Lo que yo pienso es que los seres humanos nunca podemos juzgar moralmente a los demás. Yo creo en la intransigencia en torno a los principios pero en la comprensión respecto de las personas. Los principios son valores objetivos que no se pueden modificar y acomodar a subjetivismos, a relativismos y mucho menos a caprichos. Las cosas son buenas o son malas objetivamente. Pero es muy distinto dar el paso de condenar moralmente a alguien. Yo no puedo juzgar a mi prójimo desde un punto de vista moral porque yo no sé si él es culpable o no en la raíz más profunda. Sólo Dios juzga. Y por lo tanto uno siempre debe tener una comprensión lo más amplia posible.

—¿Y cómo llega entonces a aceptar la pena de muerte?

—Es que no hay que confundir los juicios jurídicos con los juicios morales.

—De acuerdo: es la sociedad la que impone las penas. Pero usted es parte de esa sociedad y si se manifiesta a favor de la pena de muerte tiene su cuota de responsabilidad.

—Yo pienso que hay casos en que la sanción para un delito puede llegar a ser la pena de muerte. Pero a mi juicio el problema que usted plantea es igualmente válido para cualquier pena, desde el punto de vista conceptual. Porque cuando se priva a alguien de la libertad o cuando se impone una multa también se está juzgando su acción por otro ser humano erigido legítimamente en autoridad. Naturalmente que la pena de muerte es más grave que las demás pero si no admitimos la legitimidad de que la autoridad juzgue para efectos temporales, jurídicos, sociales, llegaríamos a la anarquía. Lo que pasa es

que cuando la autoridad condena a alguien no hay que pensar que eso supone una necesaria condenación moral por parte de Dios porque sólo él conoce el fondo de los corazones.

—¿No le parece más cristiana la postura de monseñor Juan de Castro, Vicario General y de la Solidaridad, que en una declaración sobre el tema dice que "la sociedad no puede hacer dejación por anticipado de su deber de procurar por todos los medios la recuperación de los individuos que se han colocado al margen de ella y contra ella"?

—No necesariamente, aunque el punto ha sido siempre muy debatido. El problema es que las penas en el derecho no tienen por único objetivo, ni siquiera por principal objetivo, el de la defensa de la sociedad. O el de la rehabilitación del delincuente. Antes que eso tienen un propósito de justicia retributiva. La persona tiene que pagar lo que ha hecho. Hay un castigo que tiene que imponerse al que realiza un acto malo que es diferente a la labor complementaria de procurar la enmienda o la rehabilitación. El problema es que hay ciertos actos de tal gravedad que pareciera que el único castigo proporcional y justo es la pena de muerte.

—Usted me habla de justicia; yo le hablaba de cristianismo ¿No es un poco fariseo tener fe en Dios y no tener fe en el hombre?

—No. Mirándolo de un punto de vista cristiano hay otro fundamento mucho más fuerte y es que al hombre que se le priva de la vida se le ha hecho pasar a otra vida. La muerte no es más que un tránsito de un corto peregrinar en el tiempo a una morada definitiva en la eternidad. De manera que mirado desde un ángulo religioso la pena de muerte tiene todavía una significación mucho menos dramática que el mero punto de vista humano.

—¿Se siente usted un hombre de amor o un hombre de justicia?

—Yo creo que conceptualmente son siempre coincidentes porque no existe un amor opuesto a la justicia; esto supondría que hay que ser injusto para amar. Ni tampoco puede existir una justicia opuesta al amor porque entonces se supondría que habría que odiar más o no amar para ser justos.

—¿Y es usted un hombre de amor?

—Trato de serlo. Hay un problema de carácter porque hay veces que esa ecuación de amor y de justicia exige castigar y eso a mí me resulta muy difícil porque yo tengo tendencia a la benevolencia y al perdón más que a la sanción y al casti-

go. Pero reconozco que esa tendencia puede ser incluso peligrosa.

—Una cosa es amar y otra es ser amado. ¿Se siente amado, usted?

—Sí. Yo nunca podría quejarme de que me haya faltado cariño. En ese sentido creo que Dios ha sido muy generoso conmigo y las personas que me han rodeado también.

—Siempre se ha dicho que el poder es el mejor sustituto para cualquier carencia. Para usted que está tan cerca de él, ¿qué es el poder?

—Me gusta más hablar de autoridad que de poder. Pienso que el poder como tal tiene un peligro tremendo de embrujo, de seducción, lo mismo que el dinero y lo mismo que los placeres sensuales. Que son los tres grandes ídolos de los cuales debemos liberarnos con un esfuerzo diario. Porque este no es un problema que alguien pueda dar por superado mientras continúa sujeto a la naturaleza humana y a sus imperfecciones. Todos debemos estar atentos de que por ahí va la triple concupiscencia de que nos habla San Juan. Y la contrapartida a eso está en el desapego a los bienes de la vida; en el espíritu de renunciamiento o sacrificio; en el espíritu del deber y en el espíritu de servicio público.

—¿Su enemigo principal sería el poder?

—Depende mucho de los campos en que uno se desenvuelve. Si uno está desarrollando actividades de carácter público tiene más riesgos de la seducción del poder que cuando no lo está. No es solamente un problema del temperamento de las personas. Hay gente que ha sido completamente ajena al poder y que nunca ha tenido ambiciones y de repente se ve con el poder delante y se embruja.

—¿Usted conoce a alguien de cerca?

Ni un gesto, ni una sonrisa que pueda implicar complicidad lo delata.

—¡Muchos...! no sólo algunos. Una cantidad enorme. Es decir, la gran mayoría de la gente que está expuesta a estas seducciones de alguna forma es vencida por ellas. Para vencerlas hay que dar una lucha muy dura y muy constante.

—¿No tiene usted ambiciones de poder?

—Ninguna. Porque he visto lo que sufren las personas responsables que ejercen el poder. Sólo los irresponsables pueden ejercer el poder sin una dosis fuerte de angustia y de tensión. A mí me atrae mucho la influencia en las personas. Tratar de ejercer con las ideas una influencia en mis alumnos y en la opinión pública en

general a través de toda la actividad que yo desarrollo.

—Manejar los hilos del poder es el máximo poder...

—A mí lo que me gusta es influir en las mentes y eso no es manejar los hilos del poder porque eso supone dominar las circunstancias...

—No. Yo creo que basta con dominar las mentes.

—Yo siempre he creído que no hay mayor poder que el poder moral y el poder de las ideas, con la diferencia que ese poder no está ligado a todos los desafíos y escollos que tiene el poder jurídico. Esa es la gran diferencia.

—¿Cree usted que va a seguir teniendo poder en el futuro de este país?

—Yo aspiraría a tener siempre influencia en las personas que me rodean y en la opinión pública en general y por eso es que también desarrollo actividades periodísticas. Pero eso creo que está lejos del embrujo del poder y por eso es que me siento más cómodo.

Ahora disfrute VIÑA a pleno O'HIGGINS:

\$650 diarios en Turismo o \$975 en Lujo

Valores + IVA por persona en habitación doble, con desayuno incluido y hasta con 2 niños menores de 10 años liberados

Publicidad Chilena



Reservas: Fono 882016 Viña del Mar